

ba milagrosas curaciones con el nombre de Jesús, creyó que él también podría hacerlas: en efecto, lo consiguió, y comenzó una serie de prodigios, que fué objeto de edificación para los unos y de escándalo para los otros.

Carlos Luis de Haller, individuo del consejo de Berna, y autor de la *Restauración de la ciencia política*, creyendo necesaria, así en esta ciencia como en la religión una autoridad visible y una sociedad que tuviese bajo su custodia la verdad, se hizo católico. Berna entonces le separó de los cargos públicos, y decretó que todo aquel que mudara de fe perdiese el derecho de ciudadano en el pueblo donde habitase, prueba de intolerancia contra la cual se hicieron enérgicas reclamaciones. Sin embargo, graves ataques contra el catolicismo justifican los lamentos que cada nuevo Papa repite contra los progresos del protestantismo ó de la incredulidad. Pio VII desde el instante de su vuelta á Roma, se apresuró á condenar las sociedades bíblicas, fundadas en Inglaterra para enseñar á levísimo precio la venta de la Biblia, traducida en sentido heterodoxo, y cuya propagación ha sido tal, que desde 1803 hasta el día, se encuentran distribuidos quince millones de ejemplares en cuarenta y ocho idiomas.

La religión se presenta á los sentidos como poder, al entendimiento como necesidad, al corazón como amor. El protestantismo que quiso inutilizarla como poder, habiendo descompuesto el equilibrio, que solo el catolicismo puede mantener entre la actividad progresiva é independiente del espíritu y su docilidad acostumbrada, ha producido por una parte el engrandecimiento de la razón y por otra el del amor; pero no conciliándolos ya la caridad como cuando los fomentaba á entrambos en su seno maternal la Iglesia, se lanzó la razón en busca de fórmulas abstractas y el amor ofendido se refugió en el pietismo. Pero tanto la razón como el sentimiento, que se habían mantenido al principio en ciertos límites, guiados por un espíritu de orden y de moderación, no tardaron ahora en separarse; la primera, mirando toda especie de afecto, se deja llevar de la violencia; y el segundo, haciéndose pesado y cáustico cae en el letargo (1).

[1] Es notable la condenación del racionalismo en boca de Benjamin Constant: "Algunos conmovidos ante los peligros de un sentimiento, que se exalta y extravía, y en cuyo nombre se han cometido innumerables delitos, se asustan de las emociones religiosas, y pretenden sustituir á ellas los cálculos exactos, impasibles, invariables del interés bien entendido, que creen bastantes para establecer el orden y hacer reinar las leyes de la moral.... Pero.... nos veremos obligados á preguntar, si rechazando el *sentimiento religioso* [muy distinto de las *formas religiosas*], y mirando solamente al interés bien entendido, no se despoja el género humano de todo aquello que constituye su supremacía, abdicando por semejante

El entusiasmo religioso invadía entre tanto las iglesias católicas; y aun más las protestantes: los metodistas en Inglaterra, y los hermanos moravos, y los pietistas en Suiza y Alemania, vuelven á usar los rigores abolidos por la civilización y á valerse de nuevas revelaciones y de nuevas luces místicas, separándose del cristianismo histórico para abandonarse á la ilusión de una religiosidad sentimental y vana.

Los anabaptistas cuyos progresos aterraron á Lutero, se multiplican en Europa, y más en los Estados-Únidos, en donde cinco millones rechazan ya el bautismo de los niños, porque no está señalado en el Evangelio ni en la primitiva iglesia.

A fines del siglo anterior Jorge Whitefield, teólogo anglicano, fundó la secta de los metodistas, rigurosos en los dogmas del calvinismo; pero en breve surgió entre ellos una división causada por Wesley, que impugnaba la predestinación, y que se granjeó el común afecto por su celo en socorrer á las clases menesterosas; la secta de los metodistas se ha extendido sobremanera, pero está completamente organizada solo en los Estados-Únidos, donde ninguna iglesia tiene privilegios exclusivos y dominantes. Los seglares que pertenecen á su gremio, se dividen allí en clases, y se reúnen á lo menos una vez á la semana bajo la presidencia de un jefe, que los exhorta y recibe sus confesiones. Los ministros celebran sínodos anuales, y cada cuatro años una asamblea elige seis obispos, que van por todas partes confirmando las órdenes y señalando á cada predicador los puntos donde debe ejercer su ministerio por tres años ó hasta que se le hayan comunicado nuevas órdenes. Estos prelados dispensan gracias, otorgan pensiones á viudas y huérfanos, y juzgan en última instancia las cuestiones eclesiásticas y económicas que surgen entre los individuos de la sociedad. El número de los metodistas en los Estados-Únidos asciende hasta tres millones, y también hay muchos en Inglaterra, donde continúan edificando templos y adquiriendo beneficios eclesiásticos. Interpretan de un modo enteramente suyo los treinta y nueve artículos

camino sus más hermosos títulos, alejándose de su verdadero destino, encerrándose en una esfera que no es la suya, y condenándose á una humillación contraria á su naturaleza.... Si no queremos destruir la obra de la naturaleza, respetemos este sentimiento en cada una de sus emociones. No podemos cortar una rama del árbol sin herir de muerte el tronco. Si tratamos de quimera la emoción indefinible que parece que nos revela un Ser infinito, alma, creador, esencia del mundo, [nada importan las imperfectas denominaciones de que pedamos servirnos], nuestra lógica irá todavía más allá y á pesar nuestro.... Si el sentimiento religioso es una locura porque no se apoya en pruebas, es locura también el amor, delirio el entusiasmo, debilidad la simpatía, é insensatez el sacrificio."

de fe, cuya profesión es obligatoria para los beneficiados, y saben, finalmente, acomodarse al espíritu conservador de la aristocracia y al progresivo del pueblo. El fondo de su doctrina es un escésivo rigor que condena todo lujo, todo trabajo del entendimiento, todo goce de la imaginación, un espíritu de proselitismo fervoroso é intolerante y un extraño orgullo espiritual. Fijados en la doctrina de la intervención especial de la Providencia hasta en las cosas más incalculables, declaran nulas las obras del hombre; sostienen que la fe se revela por medio de súbitas iluminaciones superiores y éxtasis, y que ni la piedad, ni las buenas obras bastan para tranquilizar la conciencia, si el pecador no sabe la hora en que á fuerza de lágrimas y de contrición adquirió la convicción de haber sido admitido en el número de los electos. Así es, que el más gran pecador se abandona algunas veces, con esta certidumbre, al éxtasis de un paraíso anticipado, mientras el buen cristiano tiembla en su lecho inocente. Pero no obstante lo dicho, los metodistas han prodigado beneficios á la iglesia anglicana, dando más latitud á sus miras, cuidando de la instrucción del pueblo, difundiendo entre frivolidades las buenas máximas, protegiendo á los esclavos y convirtiendo á los salvajes.

Los hermanos moravos aparecieron hácia el año de 1620, pero no adquirieron fama sino un siglo después. El conde Zizendorf, austriaco, habiéndose declarado su protector, los estableció en la colonia de Herrnhut, por lo que fueron llamados también herrnhutenses, y les dió estatutos, cuyo fundamento es que los regenerados estén en continua relación de amor con todos los hijos de Dios, de cualquiera religión que sean, sin poner en controversia sus respectivas doctrinas, pero conservando la pureza, la sencillez, la gracia evangélica. En su protestantismo sin hacer distinción ninguna entre luteranos y calvinistas, tienen por único dogma importante el de la redención, y por único jefe de su sociedad al Redentor, que es el esposo de todas las niñas, y la llaga de cuyo costado es el símbolo universal. Por lo demás, agrícolas, industriales sagacísimos, pero honrados; son misioneros, ejercen el apostolado en la Groenlandia y convierten cosacos en la colonia de Sarepta sobre el Volga. Elógiase con preferencia la educación moral que dan á los niños en comunidad. En otros puntos, por el contrario, con doctrinas opuestas á las de estos entusiastas, se desarrolla el deísmo ó la tolerancia degenera en indiferencia.

Desde la paz de Westfalia, la Alemania estaba dividida en dos partidos religiosos, que vivían ya pacíficamente entre sí, pero sin hermanarse, y cuyas rivalidades impulsieron siempre el predominio de uno de los dos. El partido protestante fué capitaneado por la casa de Sajonia, bajo cuya influencia nació, hasta que ésta, después de haber abrazado el catolicismo, por adquirir el trono de Po-

lonia, abandonó aquel primado á la Suecia, que lo perdió por habérselo quitado la Prusia. Cabeza del partido católico había sido siempre la casa de Austria; pero luego pareció haber dejado esta preeminencia á la Baviera, demasiado reducida para figurar en primer término. Desde el año de 1805 los protestantes adquirieron superioridad política; y abolidos los señoríos eclesiásticos, los países sujetos á este régimen quedaron tanto más desordenados en materias religiosas cuanto mayor había sido la precedente unión del poder eclesiástico con el temporal. En el congreso de Viena, Roma intentó restaurar lo pasado; Hardenberg, por el contrario, pretendía introducir una constitución eclesiástica general, y su completa independencia; pero tales discusiones terminaron con los concordatos particulares de que ya hemos hecho mérito.

Los monarcas y ministros creyeron entonces al siglo tan avanzado, esto es, tan indiferente en materia de religión, que no produciría turbulencias la mezcla de pueblos de distintas comuniones bajo el dominio de un mismo rey. ¡Funesta ilusión! El artículo XVI del pacto general germánico decía: que las confesiones cristianas serán mantenidas en perfecta igualdad de derechos civiles y políticos. En efecto, se arreglaron en este sentido los concordatos con Roma; pero el espíritu protestante preponderó, y los gobiernos verificaron sobre los concordatos la *exégisis* á que acuden los doctores para explicar los libros sagrados, consiguiendo por este medio aniquilar y usurpar de nuevo con sus pragmáticas á la Iglesia lo que por los convenios le había sido concedido. Pero les estimulaba á adoptar semejante medida más bien un motivo político que religioso, á saber: el anhelo de reconstruir aquella unidad y fuerza de administración, cuyo ejemplo había dado Napoleón á los monarcas. Los príncipes alemanes separados ahora del imperio, y habiendo ya prevaecido el sistema territorial en su favor, pretendían también separar sus iglesias de Roma; pero el sucesor de San Pedro no renunciaba tan fácilmente como el César. Considerando, además, que los católicos no querían abandonar su fe, se cuidó á lo menos de privarles de todo aquello de que los gobiernos disponían como señores: cisma administrativo y oficinesco, que se adorna con el título de independencia.

Entre tanto los pueblos de diversa religión se declaraban guerra en los dogmas, en las prácticas de fe, por medio de sus ministros, y especialmente por el órgano de sus periódicos. Toda profesión destinada á explicar las doctrinas dogmáticas en común, quedó abolida hasta entre las sectas particulares, á consecuencia del completo derecho de interpretación personal; los libros simbólicos fueron suprimidos; no se trató de resolver las controversias sino que se las calificó de inútiles; declaróse también que los símbolos eran un lazo caprichoso; ni aun los ministros

se prestaron ya á jurar que enseñarían lo contenido en aquellos, y solamente porque esta libertad absoluta aniquilaba el ministerio mismo, convinieron algunos en establecer distinción entre la libertad de creer y la obligación de enseñar según ciertos dogmas. Por lo cual un ministro se vió obligado á decir que bastaba la uña del dedo pulgar para contener todas las doctrinas que estaban de acuerdo con los protestantes, y otro confesó que el protestantismo á fuerza de reformar y protestar, se venia á reducir á una série de ceros.

Sentado este principio ¿por qué no habrían de poder reunirse todos los católicos en una creencia racional?

Congregados por lo tanto los ministros protestantes en el ducado de Nassau, 9 de Agosto de 1817, se decidió que las dos comuniones de protestantes en general y calvinistas se titularían *iglesia evangélica cristiana*, poniendo los bienes en un fondo comun, dejando al arbitrio de cada uno la interpretación del Evangelio, y declarando que los pastores de los diversos cultos darían la comunión en el mismo altar, si los ancianos no la querían separadamente; y últimamente, se celebró la cena en unión.

Con mas fervor procedió en este asunto el rey de Prusia. Cinco de cada doce súbditos de los que se le habian asignado eran católicos, y Federico Guillermo habia prometido conservarles respecto de los demas iguales en derechos políticos y civiles; pero era difícil que lo cumpliera siendo celoso protestante y deseando introducir la unidad religiosa, así como la administrativa. Admirando la indestructible unidad, que es el carácter inimitable de la Iglesia católica, y el principio de su estabilidad, trató de asegurar las mismas ventajas al protestantismo: el primer paso que dió con este objeto fué reconciliar á los luteranos y calvinistas en la que tituló *Iglesia evangélica*. En 1817, que debia verificarse la tercera fiesta secular de la reforma, dirigió á los consistorios y sínodos una carta explicatoria de "aquella union saludable desde tan largo tiempo deseada y tantas veces intentada en vano; de aquella reconciliación por la cual sin que la Iglesia luterana entrase en la primera formarian ambas una nueva Iglesia evangélica cristiana, la cual no encontraría obstáculo en la naturaleza de las cosas, pues que los dos partidos la querían sincera y formalmente, con intención verdaderamente cristiana. Por tanto, añadia, yo mismo celebraré la fiesta secular uniendo las dos comuniones, reformada y luterana de la corte y de la guarnición de Postdam, en una sola evangélica cristiana, con la cual celebraré la santa cena." Pero no se limitó á esto Federico, sino que quiso que semejante union fuese efecto, no de la indiferencia religiosa, sino del libre convencimiento, y no tan solo exterior, sino de corazón. ¡Cuán fácil es mandar!

La guarnición se presentó por deber y disciplina en la cena á la hora, y en el número determinado: despues en Berlin se consagró al nuevo culto un templo frecuentado por individuos de todas las confesiones: un ministro luterano distribuyó el pan, y un reformado dió la comunión con el cáliz; el rey mismo, en virtud de su carácter de Papa lego, publicó una liturgia diversa de las anteriores, y se lisonjeó de que al frente de la unidad católica se constituiría la protestante. Pero Gans dijo: *se han unido en la nada*.

Semejante unidad poco importaba al pueblo, desacostumbrado ya á mirar con fervor las diferencias doctrinales entre los cultos; pero agradó á los que consideraban el luteranismo y el calvinismo como dos expresiones parciales del principio protestante, porque creían que debia perfeccionarse en su union dogmática y eclesiástica. Sin embargo, otros opinaron que esta union era un acto de violencia para obligarlos á entrar á una Iglesia nueva, y los *viejos luteranos*, reunidos en Breslau bajo la presidencia del profesor Kuschke, intentaron reconstituirse en Iglesia puramente luterana. Pero ¿qué sucedió?... Las decisiones de este sínodo fueron declaradas antiluteranas por otras dos sectas, que brotaron de la Iglesia nueva ya mencionada. Así que no habiendo bastado para concluir con la desunion reducir la fe protestante á poquísimos cánones menos disputables, estallaron muchas persecuciones bajo el título de libertad de conciencia, y un crecido número de luteranos emigró á América y á Inglaterra.

¡Cuán to mas no debia costar el someter á los católicos! Federico Guillermo procuró conseguirlo indirectamente, bien sea con el intento de reformar la administracion, bien sea porque viese en el protestantismo una nueva barrera contra Francia. Los católicos fueron escludidos de los empleos mas importantes, como tambien del ejército y de la casa real: la instruccion inferior quedó enteramente á cargo del gobierno; y en cuanto á la superior las universidades de Berlin, Königsberg, Halle y Griefswald, eran puramente protestantes, y mistas las dos de Bonn y Breslau.

Contra todo esto se levantaron clamores, pero sin traspasar los límites prescritos en un país en donde no habia representación: sin embargo, ocurría continuamente en la práctica un hecho que turbaba, no solo las conciencias, sino las familias. La Iglesia católica no bendice los matrimonios con protestantes sin dificultad y prudentes restricciones: ahora bien, los empleados, casi todos protestantes, que la Prusia enviaba á sus países católicos, allí contraían matrimonio con jóvenes católicas, y estaba decretado que los hijos fuesen educados en la fe del padre. En 1828, el rey obligó á los clérigos católicos á bendecir los casamientos mistos, y Pio VIII, consultado por aquel clero sobre el particular (1830), "llevó la condescen-

dencia hasta el extremo posible, permitiendo al sacerdote asistir á la ceremonia; pero ordenó que no recitase las oraciones de la Iglesia católica ni ejerciese ningún otro acto, á no ser que se prometiera educar á los hijos en el catolicismo."

No quedando satisfecho con esto el gobierno, quiso en 1835 que se extendiera la ejecución de sus órdenes tambien á las provincias occidentales. Fué entonces cuando Drost, obispo de Colonia, prohibió que se bendijesen los matrimonios mistos, y el gobierno, no pudiendo inducirle á condescender con sus deseos, le encerró en una fortaleza, prestando una de aquellas imputaciones generales de que suele echarse mano cuando faltan cargos positivos.

La iglesia de Colonia se hallaba á la sazón conmovida á consecuencia de un asunto peculiar suyo. Hermes, canónigo de Bonn, investigando "si era posible demostrar con seguridad la verdad del cristianismo como revelacion divina" ateniéndose siempre á la razon y al análisis, formó un sistema de creencias, que se propagó sobremano. Condehado Hermes en 1835, fué sostenido por el gobierno; pero el obispo Drost destituyó á los profesores de teología de Bonn, que se habian adherido á su causa: éstos, sin embargo, persistieron, apoyándose en las autoridades que les escudaban, por lo que nació una escision entre el rebaño y el pastor. El gobierno por lo mismo cobró osadía para perseguir al obispo (1837); pero si los hermesianos aprobaron ó toleraron su encarcelamiento, lo restante del clero protestó y dirigió sus reclamaciones á Roma, la cual, prescindiendo en esta circunstancia de consideraciones políticas, acudió en auxilio de los católicos. Tanta firmeza produjo grande efecto: el clero, á quien se creia servilmente adicto al gobierno, se levantó robusto á la voz de su jefe, y todos los obispos se adherieron á la oposicion.

Federico Guillermo, viéndose lanzado á una persecucion inesperada y contraria á su índole y á la del siglo, se halló en la precision de justificarse por medio de la imprenta, pero el Papa lo convenció de mala fe en sus alegaciones. En tanto católicos y protestantes tomaron parte teológica y jurídica en el asunto en cuestion, que conmovió á toda Alemania y con especialidad á Munich, cuyo rey adquirió importancia, resistiendo noblemente mientras los demas príncipes cedían. Gorres publicó el *Atanasio*; como para mostrar cierta analogía entre aquella persecucion y la de los primeros siglos, revelando con poderosa elocuencia y enérgica verdad los perjuicios que la política ofinesca, con sus pretensiones de esclavizar lo que hay de mas libre (la conciencia), ocasionaba tanto á una administracion metódica como á un liberalismo desordenado.

El nuevo monarca Federico Guillermo IV, en vista de los deseos muy patentados de las poblaciones del Rhin, accedió á poner en

libertad á los perseguidos, y á devolver á la autoridad episcopal las facultades que le competían en la administracion de los Sacramentos. Mas adelante veremos en virtud de nuevas revoluciones emancipada la Iglesia, aun en los países donde era sierva, como en Austria.

El protestantismo no hace esfuerzos eficaces sino contra la Iglesia católica, y el odio que alimenta contra ella, es el único sentimiento que tiene entre los protestantes el carácter de universalidad. Con este motivo, y para celebrar el segundo aniversario de la muerte de Gustavo Adolfo [1843], se instituyó en Alemania la sociedad Gustavo Adolfiniana, cuyo ejemplo fué imitado por otra en Filadelfia [1844]. En esta sociedad se combinaron las diversas sectas entre sí para una propaganda protestante, y prurrieron al mismo tiempo en declamaciones contra el papismo, y en insultos que llegaron hasta producir la sublevacion. Entre los protestantes el desorden es cada vez mayor; y todos los días se aumenta la secta de los *separatistas* desmembrados de la Iglesia cristiana. En el concilio general de protestantes alemanes, celebrado en Berlin en 1846, la comision propuso, que los libros simbólicos conservaran para las diversas iglesias nacionales tan solo el valor que éstas tuviesen á bien concederles (1).

(1) Algunos italianos exaltados en sus delirios de liberalismo, han proyectado tambien separarse de la comunión católica, para sustraerse de la autoridad pontificia, porque creen que ésta contribuye á agravar el yugo que pretenden sacudir; pero estos miserables deberian dirigir sus miradas para desengañarse á las sectas protestantes, que por falta de autoridad están muy lejos de constituir un centro que pueda conducirlos á formar un cuerpo compacto y robusto.

Sucede en la politica como en las demas cosas de este mundo, que frecuentemente se atribuyen los efectos siniestros á una causa aparente, la cual por su naturaleza, muchas veces está lejos de producir los perjuicios de que se le acusa. Nosotros apelamos en esta circunstancia á la esperiencia y á la historia de los siglos pasados, que es la intérprete fiel de los acontecimientos humanos. Ahora bien, así la una como la otra nos evidencian que los protestantes no tienen unidad de dogma, no respetan la tradicion, y que no tan solo cada una de sus sectas, sino tambien cada cual de sus individuos puede interpretar á su modo las Sagradas Escrituras; así que los protestantes no tienen mas guía que la de un racionalismo inestable y variable á cada paso, el cual, tarde ó temprano debe producir frutos muy amargos á la libertad de los pueblos. Sabemos muy bien que los que opinan de diverso modo que nosotros no dejarán de oponernos como ejemplos contrarios á nuestro aserto, el estado floreciente de algunos gobiernos protestantes de Alemania, y de las repúblicas federales de la América Septentrional. Pero es de notar que en la politica las cosas no se miden por momentos, ni

Las escuelas racionalistas combaten no ya á esta ó aquella iglesia, sino los fundamentos de todas ellas. Hemos espuesto ya cómo se introdujo en Alemania, no sin oposicion, el filosofismo del siglo pasado. Edelmann, Bahrdt, Basedon, emplearon contra la religion las armas francesas; Lessing, Mendels-hon, Reimarus, la flemática hospitalidad inglesa. El primero de estos tres se anticipó en ochenta años á profesar las audaces teorías de Strauss, pero clamaron todos contra él, y hasta Semeler, el cual luego causó mayor mal estableciendo la formacion sucesiva del dogma católico, porque por este medio vino á modificar la autenticidad de los libros sagrados, admitiendo como única interpretacion legítima la natural, presentando en el Evangelio un sistema de acomodamiento entre Cristo y los apóstoles, y considerando como locales y pasajeras muchas verdades predicadas por el Mesías.

Las doctrinas de Kant se armaron contra el cristianismo, juzgando verdadera creencia aquella únicamente que nace y se desenvuelve en la razon de cada cual, sosteniendo que la creencia revelada no era mas que auxilio y vehículo para la filosofía. Jacobí, adelantándose aun mas, estableció la creencia sobre una perfeccion inmediata de

los desórdenes ni las reformas llegan á su madurez en un corto periodo de tiempo. Tanto los gobiernos protestantes de Alemania, como las repúblicas americanas á que aludimos, subsisten todavía y florecen porque tienen mucha fuerza política en su abono, y el auxilio de los restos de las tradiciones católicas. Pero estos elementos no pueden ser duraderos, porque en vez de apoyarse en un principio eterno é infalible semejante al que constituye la esencia del cristianismo, tienen tan solo por pedestal el conjunto de las circunstancias accidentales que varían con el transcurso de los años.

De lo que acabamos de esponer no debe deducirse como consecuencia que queremos constituirnos en apóstoles de la intolerancia, pues que sabemos muy bien que es un ultraje á la humanidad y opuesta á los principios del catolicismo; pero media mucha diferencia en tolerar á los disidentes, y en no admitir como base del cuerpo político el principio infalible de que el catolicismo únicamente es la religion verdadera y del progreso, sin cuyo auxilio no puede existir la libertad, á no ser que por esta palabra quiera entenderse desórden y anarquía.

Los estrechos límites de una nota no nos permiten dar latitud á nuestras ideas; pero el que quiera profundizar la materia, y convencerse de la verdad de estas breves indicaciones, podrá leer, con preferencia á los demas que tratan el asunto en cuestion, las obras inmortales de Bossuet y de Balmes, la primera titulada: *Variaciones de la Iglesia protestante*; y la segunda: *El protestantismo y el catolicismo, considerados en sus relaciones con la civilizacion europea.* (Nota del traductor.)

lo verdadero y de lo supersensible, sin necesidad de demostracion. La doctrina de la identidad, conduciendo al aniquilamiento de la persona, individualmente considerada, era tambien contraria al cristianismo, y los hegelianos (secuaces de las doctrinas de Hegel) que divinizaban el estado, vinieron á parar á un panteísmo, que traía por última consecuencia la negacion de la moral. La antropolatría de Hegel fué trasformada por sus discípulos en autrolatría; y éstos pudieron negar los milagros y hasta la existencia de Cristo y la inmortalidad del alma sin salir del protestantismo, porque este no es mas que una negacion.

Muchos en las universidades impugnaron paladinamente la inspiracion superior de las Escrituras, calificándola de inútil é imposible, y sosteniendo que no podia Dios manifestar su poder con prodigios, su presencia con profecías y su santidad con mandamientos. Al hombre, decían, no le es necesario bajo ningun concepto tener fe en una revelacion inmediata, pues que las verdades religiosas derivan de la razon pura. El fundador del cristianismo, personaje preclaro, queria establecer una religion universal, y por lo mismo no positiva, y así se abstuvo de establecer prácticas exteriores y sacramentos. Prueba de su mision divina es la conformidad de sus dogmas con la razon; pero como hombre no estaba exento de ilusiones personales; y los apóstoles, no pudiendo despojarse de las preocupaciones judaicas, le hacen hablar á su manera, entendiendo algunas veces al revés sus palabras. Con tales ideas se pusieron á analizar el *Hijo* (como decía Hegel), con una desenvoltura que parecerá en extremo maravillosa á quien considere el inmenso vacío que en la historia y en las creencias dejaria la desaparicion de Cristo á quien estos escritores reducen á un carácter ideal.

En esta circunstancia se pusieron en juego contra la religion todos los conocimientos eruditos que se habian atesorado, y se quiso hallar principalmente en la India ó en la Persia, el origen de aquellos dogmas y de aquella moral que heredamos revelados por Dios y conservados por el pueblo hebreo (1). Las exégesis y la historia eclesiástica suministraron armas para ataques parciales ó generales contra los libros santos, y los

[1] El primero fué LUYER, de *origine eruditionis, non ad Judeos sed ad Indos referenda*, 1716. En nuestro tiempo se ha sostenido esta tesis por LICHTENSTEIN, *Über Indien als Quelle der Mitologie*; por J. F. WINZER, *De domologia in sacris Novi Testamenti libris proposita*; por CREUZER y su comentador GUIGNAULT; por RHODE, *Die heilige sager und das gesammte Religions system der alten Aegypten, Meder und Perser, oderun des Zensvolks*, 1820; por BOHLEN, *De la India en relacion con el Egipto*; por Pauthier, y por otros muchos.

trabajos del siglo anterior habian suministrado materiales para la crítica. Michaelis, al cabo de treinta años de tarea, habia dado á Alemania una edicion de la Biblia, y Benjamin Kennicott otra á Inglaterra, redactadas ambas con arreglo á los manuscritos hebreos de las bibliotecas mas célebres (1780): la edicion de Wetstein (1751 y 1752), habia reunido la mayor parte de los manuscritos del Evangelio existentes en Europa; el italiano De Rosi, habia recopilado en Parma el mayor número posible de textos hebreos, y dado el catálogo de las variantes de seiscientos ochenta ejemplares. Despues se buscaron tambien las versiones extranjeras; y Juan Jacobo Grisbach se dedicó á compararlas y á defender la italiana, dividiendo todos los textos entre clases, segun estaban hechos con arreglo á una edicion correcta en Egipto, en Constantinopla ó en Occidente. Scholz publicó despues una edicion crítica del Nuevo Testamento, fruto de largas investigaciones en Europa y en Oriente. Perfeccionado el texto y simplificada la gramática mediante los trabajos de Gesenio (1717, de Ewald, 1827) de Glaire, se extendió la hermenéutica, cuyos adelantos anteriores á nuestro siglo pueden verse en la *Historia de la interpretacion de los libros santos en la Iglesia cristiana*, escrita por Rosenmüller, y que despues progresó á consecuencia de las elucidaciones de Jhon Akermann, Ewald, Ubreit y Hengstenberg.

La hermenéutica fué convertida, pues, por los racionalistas, en arma de combate; pero no ya de repetir, siguiendo las huellas de Voltaire, las frases y agudezas dichas quince siglos antes por Celso, Porfirio y Juliano, que tendian á evidenciar en todo la existencia del engaño y del fraude, sino con la interpretacion alegórica, propia de la pensadora Alemania. Al principio se hizo este estudio sobre los libros antiguos, y Eichhorn desde el año de 1790, presentó el primer capítulo del Génesis como emblemático y compuesto de fragmentos, los unos relativos á Jehová y los otros á los Eloim.

Algunos admitian los libros santos, pero formaban el texto á su capricho con doctrina acomodaticia, la cual, como hemos dicho, fué introducida por Semler, bajo la suposicion de que Cristo y los apóstoles habian sido de un lenguaje particular para acomodarse á la inteligencia de su auditorio. En la historia de los dogmas, enseñada en cátedras especiales, se pretendió descubrir la obra de la impostura y de la ignorancia (1).

[1] Cuando en Alemania se publicaban en las cátedras los dogmas protestantes, Mohler pretendió hacer otro tanto respecto de los católicos, y en la *Simbólica* espuso las contrariedades dogmáticas entre éstos últimos y los disidentes, poniendo por órden científico y cronológico las innovaciones del siglo XVI, y deduciendo de su contradiccion aquella duda que estimula á buscar la verdad.

La Trinidad fué tomada con preferencia por blanco de las mofas, considerándola como un símbolo ya de las tres relaciones entre Dios y el mundo, ya de los tres modos diversos de presentar la Divinidad. Decíase que *hijo de Dios* significaba su favorito, y que su muerte era una parábola de la misericordia divina.

En 1803 Bruno Baver, publicó la *Mitología de la Biblia*, y en la *Crítica de los Evangelios de los sinópticos*, declaró la guerra á los escritos apologeticos del cristianismo. Feuerbach pasó mas adelante, tratando con el cínismo de los primeros reformadores, de la *esencia del cristianismo de la filosofía, y del cristianismo de la muerte y de la inmortalidad*, y proclamando el aniquilamiento panteísta. (1).

El filósofo Schleiermacher (1834), despojó el Antiguo Testamento de sus profecías, al Nuevo de sus milagros, y se esforzó para conciliar el resto con la filosofía y con sus propias teorías sobre la humanidad; pero habiendo llegado á conocer luego adonde le conducía este sistema, sospechó de que podría venir tiempo en que estuviesen de una parte el cristianismo con la barbarie y de otra la ciencia con la impiedad. Encontrándose, pues, sobre el abismo de la nada que acababa de abrir, exclamó: "¡Dichosos nuestros padres, que inespertos todavía en la exégesis, creían en su sencillez y lealtad cuanto les era enseñado! La historia perdía en ello, pero ganaba la religion. Yo no he inventado la crítica, pero ya que ésta ha comenzado la obra, es menester concluirla. Pero el genio de la humanidad vela por ella, y no le quitará lo que tiene de mas precioso; cada uno, pues, obre segun le dicte su deber." Esta es la educacion de Kant; pero aquí tiene visos de una espantosa ironía.

Lo que Wolf habia hecho con Homero y despues Niebhuhr con la historia romana, pretendió hacerlo el doctor Strauss con la narracion evangélica, presentándola como una amalgama confusa de ideas, de invenciones, de preceptos dados en diversos tiempos y con intenciones diferentes. "El Cristo, dice Strauss, no es un individuo, sino una idea, ó mas bien un género, es decir la humanidad. El género humano es el Dios hecho hombre, es el hijo de la Virgen visible y del padre invisible, esto es, de la materia y del espíritu; es el salvador, el redentor, el impecable, que muere, que resucita, que sube á los cielos (2). El hombre creyendo en es-

[1] Rozeumüller, Eichhorn, Ewald, Sack y otros defienden ahora el Pentateuco, contra Wetste, Gramberg Stahelin, Hartmann y los que sostienen su *intima division*.

[2] La obra del señor Federico Strauss, es una de aquellas producciones, colosal por sus formas y pigmea por su sustancia, como toda la filosofía teológica alemana. Esta obra es menester mirarla bajo dos puntos de vista, á saber: el dogmático y filosófico. Considerada respecto de

te Cristo, en su muerte, en su resurrección, se justifica delante de Dios (1).

Los *Anales de Alemania* entre tanto propagaban esta polémica combatiendo la idea de un Dios conocedor de sí mismo y distinto del universo, y la de un Cristo histórico; reduciendo la persona del Hombre-Dios á un producto de los pensamientos humanos cuando éstos y la conciencia estaban en la infancia. También se refutaba la duración personal despues de la muerte, deduciendo de aquí la conveniencia de que la teología se fundiese en la antropología, y la fe en la especulación, cesando toda analogía entre el creer y el saber.

Así, mientras un partido religioso se adhería con fuerza á la tradición y combatía el catolicismo, presentando como bueno únicamente lo que existió en sus principios, otros sostenían que la idea y la forma del cristianismo primitivo habían sido tales como las requería el tiempo en que nacieron, pero no la verdad absoluta, la cual está en el espíritu de santidad y de amor, que eternamente mueve á la humanidad, que así como se manifestó

este último, no tiene base, porque nos lleva con su racionalismo á mirarlo todo como una alegoría que se apoya en suposiciones gratuitas y aun contradictorias, porque la tradición histórica y los monumentos de la antigüedad nos atestiguan lo contrario. Destruída la parte filosófica la otra se recompone, porque el dogma tiene en su abono la misma tradición que Strauss pretende aniquilar ó desfigurar hasta el extremo. Además, es de considerar que Strauss, consiguiente á su propósito, mira los Evangelios bajo un solo punto de vista, y pretende que son falsos y contradictorios porque no repiten los mismos hechos bajo igual forma: proposición absurda siempre que se considera que los cuatro Evangelios son las partes diferentes de un gran edificio, las cuales, consideradas por sí solas no pueden ofrecernos una idea compacta, al paso que en su conjunto nos sorprenden.

Diremos, finalmente, á nuestros lectores, que hace algunos meses que periódicos muy acreditados anunciaban la publicación de un nuevo libro del señor Cotta en refutación de la *Vida de Jesucristo*, escrita por Strauss, y que es la obra á que aludimos en esta nota. Los periódicos mencionados aseguran que el libro del señor Cotta es de un mérito superior, porque con argumentos robustos y elocuencia enérgica, aniquila todos los sofismas de Strauss.

(Nota del traductor.)

(1) *Vida de Jesucristo*, Tubinga 1835. Los protestantes hicieron de este libro admirables y vigorosas refutaciones. De los mismos argumentos que Strauss, usó Salvador, pero con menos fuerza, porque como judío desearía salvar los libros antiguos. Salvador había dado ya á luz una obra sobre Moisés, considerándolo racionalmente, y sobre el proceso de Jesucristo, sosteniendo que había sido justo según las leyes del país: asunto digno de befa, y que sin embargo fué combatido seriamente por Dupin.

al mundo por medio de los autores de las Santas Escrituras, se hace hoy en nosotros juez é intérprete inmediato de ellas. Aquellos, se decía, hablaron á lo pasado; pero la religión nueva debe hablar á lo presente y al porvenir, elevándose sobre la vida social y actual. Las formas y el espíritu del cristianismo no son idénticos, y los vasos en que se contiene la verdad pueden romperse sin que ésta sufra alteración (1).

[1] Nuestro autor cada vez mas grande en sus narraciones históricas y en su crítica atinada de las obras trascendentales, se vence á sí mismo en esta parte del racionalismo alemán por haber sabido ofrecer á sus lectores un cuadro conciso, pero cabal, de los delirios prodigiosos y al mismo tiempo inmensamente profundos de la filosofía alemana, que hace gran ruido en toda Europa. Los que estudian con ahinco la metafísica moderna, nos calificarán por cierto, de necios ó cuando menos de ignorantes, al oírnos pronunciar que los filósofos alemanes *prodigiosamente delirán*; pero nosotros sin entrar en polémicas ni meternos en honduras científicas que no son de la índole de una simple nota, nos limitaremos tan solo á hacer unas pocas preguntas.

¿Qué calificación puede darse por un hombre sensato á sistemas filosóficos que destruyen el dogma de todas las religiones que han existido ó que pueden existir? ¿á sistemas filosóficos que desviándose de la tradición histórica se despeñan en mitos y en alegorías fantásticas ó infundadas? ¿á sistemas filosóficos que divinizan la naturaleza, la cual sin autor es una palabra abstracta y vana? ¿á sistemas filosóficos que llevan á un panteísmo insensato y que implícitamente aniquilan el gran principio de una inteligencia pura y creadora y la personalidad del hombre, así que aglomeran, confunden, y finalmente, anonadan el libre albedrío, los derechos, los deberes y la idea de una justicia eterna y universal? La verdadera filosofía y sus progresos consisten en reconstruir en bases cada vez mas sólidas el edificio social, y en designar al hombre su punto de partida y su fin; pero nosotros vemos que los principios, las teorías y las doctrinas de los filósofos alemanes, nos llevan al punto opuesto, y que en vez de colocarnos en un campo de luz, nos despeñan en un abismo de dudas y contradicciones, cuya sublimidad es semejante á la del caos, cuya sola idea nos espanta, porque no tiene límites en su tenebrosidad. ¿Qué sería del humano consorcio? ¿Qué sería de los lazos de familia? ¿Qué sería de la creación? ¿Qué sería del fin del hombre? ¿Qué sería del libre albedrío? ¿Qué sería de la vida futura, verdadero y único consuelo de los mortales? ¿Qué sería de la larga cadena de los derechos y de los deberes, si nosotros llevásemos al terreno de la práctica todo lo que fuese posible las doctrinas de Kant, de Hegel, de Schleiermacher, de Bauer de Fichte, de Jacobi, de Strauss y de muchos otros cuyos nombres omitimos sin repugnancia?

Spinoza, ejemplar de su vida privada, é impío en sus obras; Spinoza, que escitó la cólera por sus doctrinas de Federico II, que no era un me-

La reacción contra las nuevas ideas partía principalmente de la universidad de Munich, donde tenía su cátedra Baader, propagador de las ideas místicas y de la democracia cristiana. Este profesor había aconsejado á la Santa Alianza, que santificase sus actos, restableciendo la nacionalidad polaca, y en la revolución francesa descubría una necesidad de realizar socialmente los principios evangélicos: despues de 1830 se ocupó estensamente en examinar la situación de las clases pobres. En la misma ciudad, Phillips publicó un derecho canónico, que como el de Watter, estaba escrito en sentido favorable al Papa. Este catedrático, Görres y Dölinger, con los demas de su bando, se dispersaron cuando ante los atractivos de una

delo de virtud, y que se atrajo también la ira de Bailly, príncipe de los escépticos y de los sofistas, á este mismo Spinoza le hemos visto hoy divinizado en Alemania y convertido en apóstol de la filosofía de aquellas regiones septentrionales, en donde el espíritu indo-germánico, que domina ha producido la mezcla mas estraña de los sueños orientales y de los dogmas del cristianismo.

Pero lo que acabamos de referir no tiene por objeto menoscabar el mérito literario y científico y la vasta y profunda erudición de los filósofos alemanes, sino tan solo el de dar á conocer que sus sistemas heterodoxos están muy lejos de la verdad y de aquel espíritu de organización y reforma político-religioso, que puede comunicar impulso al progreso de la sociedad moderna. Los doctos alemanes, cuyos nombres hemos indicado en esta misma nota, en sus obras tienen algunas verdades muy útiles y puntos de vista vastos y nuevos; pero es menester que los lectores, con sutileza de ingenio, separen las pocas verdades del caos en que las han envuelto, estraviándose en el idealismo ó en el panteísmo.

Nosotros creemos que los Prolegómenos á la filosofía, obra inmortal de Vicente Gioberti, no dejarán de contribuir á dirigir por el buen camino los estudios de la metafísica moderna, y á disipar en parte el mucho prestigio que han adquirido en Europa, y con especialidad en Francia, las especulaciones filosóficas y racionalistas de la escuela alemana. Tal vez algunos dirán que nosotros declarándonos adictos á las doctrinas de Gioberti, estamos poco adelantados en materias filosóficas porque preferimos las teorías antiguas, fundadas en su mayor parte en la metafísica platónica, modificada por el genio del catolicismo, y en las obras de algunos padres de la Iglesia, en vez de apadrinar las doctrinas nuevas de una escuela que hace tanto ruido en Europa. Semejante imputación la juzgaremos un elogio para nosotros, porque creemos que los principios de la verdadera filosofía político-religiosa y organizadora, no pueden encontrarse sino en aquellas fuentes inagotables de sabiduría humana y divina. Digan, pues, todo lo que quieran nuestros opositores, que nosotros preferimos siempre el martirio de Focion al triunfo bullicioso de Marat.

[Nota del traductor].

ramera se sacrificaron las tradiciones y las artes de aquel país (1).

Era necesario dar esta idea de las discusiones religiosas para comprender lo que hemos de decir mas adelante al tratar de cada pueblo en particular. La Alemania, antiguo campo del gran cisma, agita ahora nuevamente los problemas mas capitales, cada día germinan nuevas sectas que no dejan esperanza de conciliación, y cuando mas de un millon de fieles y once obispos, como para espíar los delirios de una ciencia deletérea que reduce al cristianismo á mito, acudieron á venerar la santa única espuesta en Tréveris, se levantó para reprimirlos una voz ronca que en breve fundó una secta llamada de los católicos alemanes (1844), que dividida luego en dos fracciones bajo los nombres de sus jefes Ronge y de Czerski, se ha empapado ya en sangre. El verdadero intento de estas divisiones es el de generalizar la libertad de creencias que la paz de Westfalia restringió, estableciendo una dominante en cada país y que el congreso de Viena amplió algo mas permitiendo hasta tres. Los antiguos luteranos fueron en breve reconocidos; pero los rechazan por una parte los pietistas y por otra los iluminados: hay también quien los califica con el nombre de hipócritas y absurdos.

Pero los que no tienen tiempo de profundizar cuestiones semejantes, es decir, todo el pueblo, ¿á quién deben creer?

El rey de Prusia, despues de haber visto frustrada su tentativa de fundir en una las dos sectas que pretendía hermanar legalmente, trató de unir la iglesia de su Estado con la anglicana, esperando introducir tal vez por este medio en el protestantismo algun elemento positivo; pero los anglicanos esperaban con esta oportunidad convertir á sus amigos, tentativa que no tuvo éxito. Fué entonces cuando en la misma Gran Bretaña comenzó á verificarse un gran movimiento hácia el catolicismo, pues es de considerar que en la historia la realidad se desprende de las preocupaciones; la controversia tomando formas mas serias, se acerca aun mas á la verdad, y finalmente, los ánimos deseosos de fe, no hallándola en el caos de las opiniones personales, vuelven los ojos á la autoridad.

¿Cuál será el porvenir?—Solo Dios lo sabe. Sin embargo, para preparar valerosos adalides á la causa del Señor, es menester una instrucción eclesiástica elevada, la cual, además de tener el conocimiento de las fuentes teológicas y de la historia interior de la Iglesia, sepa evidenciar la influencia que tuvo el cristianismo en los tiempos pasados so-

[1] Nuestro autor alude á una intriga galante y muy escandalosa del rey de Baviera en su misma corte: la intriga á que alude Cantú escitó también la indignación de algunas potencias extranjeras.

[Nota del traductor].